

LIBRO SEGUNDO

ARGUMENTO

El rey Agamenon se halla engañado por un sueño, que Jove le ha enviado; congrega de los griegos la asamblea, para hacerles luchar, como desca; describense las naves numerosas, sus jefes y las huestes belicosas.



A noche toda las demás deidades, y los guerreros de la hueste aquea, descansaron en plácido reposo; sólo Jove del sueño la dulzura á gustar no llegó. Porque agitado en su mente solícito pensaba cómo vengar á Aquiles, y en las naves á muchos destruir de los Aquivos; y el que le pareció mejor consejo,

fué enviar al mayor de los Atridas un Sueño engañador. Á su presencia le mandó, pues, venir, y así le dijo:

«Vé, Sueño engañador, á los bajeles
»de los Aquivos, y en la tienda entrando
»del Rey Agamenon, fiel mensajero
»en clara voz mi voluntad le anuncia.
»Dile que saque ya de los Aquivos
»toda la hueste á general batalla,
»pues acaso pudiera en este día
»tomar la gran ciudad de los Troyanos.
»Ya no están en dos bandos divididos
»los inmortales que el Olimpo habitan;
»porque Juno de todos con sus ruegos
»inclinó el corazón, y á los Troyanos
»muchas calamidades amenazan.»

Así dijo; y el Sueño, apénas hubo la voz oído, en vuelo vagaroso á las tiendas bajó de los Aqueos, y entrando en la del Rey, le halló dormido, que dulce sueño le cercaba en torno. Y acercándose al héroe, la figura tomó y el aire del prudente Néstor, por ser el capitán á quien honraba más el Atrida que á los otros Reyes, y así le dijo en cariñosas voces:

«¡Oh hijo del Atreo, el campeón temido
»y de caballos domador famoso!
»¿Así duermes ahora? No le es dado
»al prudente caudillo á quien la hueste
»ha sido confiada, y á quien cercan
»tantos cuidados, en profundo sueño
»pasar la noche entera. Atento escucha
»mi voz ahora, que del alto Jove
»un mensajero soy: y aunque alejado
»de esta region en el Olimpo mora,
»cuida de tí y se duele de tus males.
»Él te manda sacar de los Aquivos
»toda la hueste á general batalla,
»pues acaso pudieras este día
»tomar la gran ciudad de los Troyanos.»

»Ya no están en dos bandos divididos
»los inmortales que el Olimpo habitan;
»porque Juno de todos con sus ruegos
»inclinó el corazón, y á los Troyanos
»con grandes infortunios amenaza
»el padre Jove. Lo que yo te digo
»quede grabado en la memoria tuya,
»y no lo olvides cuando ya tus ojos
»el dulce sueño abandonado hubiere.»

Dijo y desapareció: mas el Atrida pensativo quedó, proyectos vanos agitando en su mente que cumplidos nunca debían ser; y ya esperaba de Príamo tomar en aquel día la ciudad. ¡Insensato! Los futuros sucesos no sabía que el gran Jove entónces preparaba, y que á los Griegos y á los Troyanos dolorosas cuitas y profundos gemidos reservaba todavía en la guerra asoladora.

Sacudió al fin el sueño perezoso cuando aún resonaba en sus oídos la voz divina, y se asentó en el lecho; y delicada túnica se puso fina y nueva, y encima el ancho manto. Y ajustando á los pies ricas sandalias, de los hombros colgó la cortadora espada, cuyo puño enriquecían clavos de plata. Y empuñando el cetro de duración eterna, que heredara de sus mayores, á las otras naves con él se encaminó de los Aqueos.

La divinal aurora al vasto Olimpo subía ya para anunciar á Jove el día y á los otros inmortales, cuando dijo el Atrida á los heraldos que en resonante voz á los valientes guerreros de la Acaya convocasen á junta. Ellos el bando pregonaron, y en tanto que venían las escuadras, en la nave de Néstor el Consejo Agamenon juntó de los caudillos y en secreta consulta les decía:

«Caros amigos! escuchad ahora
»la vision celestial que en el silencio
»de la noche entre sueños he tenido.
»Venerable varon que en estatura,
»augusta faz y continente grave,
»al sabio Néstor semejava mucho,

»al lecho se acercó, y así decía:
»¡Oh hijo de Atreo, el campeón temido
»y de caballos domador famoso!
»¿así duermes ahora? No le es dado
»al prudente caudillo á quien la hueste
»ha sido confiada, y á quien cercan
»tantos cuidados, en profundo sueño
»pasar la noche entera. Atento escucha
»mi voz ahora; que del alto Jove
»un mensajero soy: y aunque alejado
»de esta region en el Olimpo mora,
»cuida de tí y se duele de tus males.
»Él te manda sacar de los Aquivos
»toda la hueste á general batalla,
»pues acaso pudieras este día
»tomar la gran ciudad de los Troyanos.
»Ya no están en dos bandos divididos
»los inmortales que el Olimpo habitan;
»porque Juno de todos con sus ruegos
»inclinó el corazón, y á los Troyanos
»con grandes infortunios amenaza
»el padre Jove. Lo que yo te digo
»quede grabado en la memoria tuya.»
«Así la sombra dijo, y de la tienda
»volando se alejó, y el dulce sueño
»me abandonó también. Así, veamos
»cómo sacar los hijos de la Grecia
»á general batalla. Yo primero
»con inocente ardid sus corazones
»sondearé, mandando que en las naves
»huyan de esta region; pero vosotros,
»unos por una parte, otros por otra,
»habladles y decid que se detengan.»

Habiendo Agamenon así arengado, volvió á sentarse; mas alzóse luego Néstor, el Rey de la arenosa Pilos, y así les dijo, cual varon prudente:
«¡Adalides y Príncipes de Acaya!
»amigos! Si algun otro de los Griegos
»la vision nos contase, que fingia
»dijéramos y horror nos inspirara;
»mas la vió el héroe que la gloria tiene
»de ser en el ejército el primero.
»Veamos, pues, á general batalla
»cómo sacar los hijos de la Grecia.»

Así dijo el anciano, y de la nave el primero salió. Los otros Reyes, su prudente dictámen aprobando, alzaronse también y le siguieron cuando ya los aquivos escuadrones

al lugar de la junta concurrían.
 Como de la hendidura de un peñasco
 sale de abejas numeroso enjambre,
 y otro, y otro le sigue, y luego todas
 bajan arracimadas á las flores
 nacidas en la hermosa primavera,
 y unas vuelan aquí y otras más léjos;
 así nuevos y nuevos combatientes
 salían de las tiendas y las naves,
 y por hileras á la vasta orilla
 del mar se encaminaron; y la Fama,
 de Jove mensajera, á que marchasen
 los aguijaba ardiente. Ellos al eco
 de su voz acudían y en la junta
 el tumulto reinaba, y por debajo
 la ancha tierra gemía al gran ruido
 que las tropas hicieron al sentarse.
 Todo era confusion; mas nueve heraldos
 en alta voz dijeron que callasen,
 porque cesara al fin la gritería
 y atentos escuchasen á los Reyes:
 y obedeciendo los Aquivos todos,
 cuando ya los escaños ocuparan
 cesaron de gritar. Alzóse entónces
 el poderoso Agamenon, y el cetro
 en la diestra empuñaba que Vulcano
 labrado había para el padre Jove,
 y Jove del Olimpo al mensajero
 en don se le otorgó cuando la vida
 á Argos quitara. Se le dió Mercurio
 luego al valiente Pélope, y Atreo
 le recibió de Pélope, y Tiéstes
 de Atreo le heredó; pero vencido
 por los Atridas, que cederle tuvo
 por los Atridas, que cederle tuvo
 sus muchas islas y el argivo imperio.
 En él, pues, apoyado, estas palabras,
 que rápidas volaron, les decía:
 «Ministros de Mavorte, heróicos Griegos!
 »caros amigos! El Saturnio Jove
 »de gran calamidad me ha rodeado.
 »Cruel! un tiempo, con señal segura,
 »me prometiera que hasta haber rendido
 »la fuerza de Ilion no tornaría;
 »y hoy, doloso y falaz, al patrio suelo
 »manda que vuelva sin honor ni gloria
 »cuando ya tanta gente ha perecido.
 »Así lo quiere el iracundo númen
 »que de muchas ciudades las murallas
 »por tierra ha derribado, y todavía

»otras quizá derribará su diestra,
 »que es grande su poder. Mas ¿qué deshonra
 »será la nuestra en los futuros siglos,
 »cuando se oiga decir que de los Griegos
 »un ejército tal, tan numeroso,
 »está aquí inútilmente guerreando
 »con otro muy menor, sin que hasta ahora,
 »después de muchos años de combates,
 »quién ha de ser el vencedor se vea?
 »Pues, si jurada con solemne rito
 »la paz, quisiesen Griegos y Troyanos
 »público alarde hacer de sus legiones,
 »y en decurias los Griegos repartidos,
 »para cada decuria se escogiera
 »un Troyano que el vino delicioso
 »en las copas sirviese á los Aqueos,
 »á muchas el copero faltaría.
 »Tanto en número exceden, lo aseguro,
 »los guerreros de Acaya á los Troyanos
 »que dentro el muro de Ilion habitan;
 »pero los auxiliares que de tantas
 »ciudades tienen, y blandir briosos
 »saben la pica, de la guerra mucho
 »el fin retardan, y asolar me impiden
 »el fuerte muro de la antigua Troya.
 »Nueve años del gran Jove son pasados,
 »están ya carcomidas las maderas
 »y desechas las jarcias de las naves,
 »y en tanto en nuestras casas las esposas
 »y los tiernos hijuelos nos esperan
 »en triste agitacion; pero nosotros,
 »por dar cima á la empresa en que vinimos,
 »en inútil porfía trabajamos.
 »Obedecedme, pues, seguid mi ejemplo,
 »y á nuestra patria huyamos en las naves:
 »ya no podemos conquistar á Troya.»
 Así dijo, y el ánimo en el pecho
 á todos conmovió cuantos no fueran
 del oculto proyecto sabedores.
 Y el campo se agitó como las vastas
 olas del mar Icarío cuando el Euro
 y el Noto las levantan, resonantes
 bajando de las nubes que amontona
 la voz del padre Jove; ó en estío
 como la espesa mies violento agita
 de impetuoso céfiro el embate,
 las débiles espigas inclinando.
 Así movidas las falanges griegas,
 con militar estruendo presurosas
 á las tiendas volvían, y de polvo

densa nube en el aire levantando,
 unos á otros á voces se animaban
 á aparejar solícitos las naves
 para lanzarlas á la mar inmensa.

Ya limpiaban los fosos y hasta el cielo
 llegaba la algazara estrepitosa
 de los que á su país volver ansiaban,
 y las vigas enormes que las naves
 en alto sostenían afanosos
 quitaban. Y ya entónces los Aqueos
 para volver á Grecia se embarcaban
 mucho ántes de los tiempos que el destino
 prefijados tenía, si á Minerva
 no hubiera hablado así la Diosa Juno:

«¡Hija fuerte de Jove! ¿Y á su patria
 »así en cobarde fuga los Aquivos
 »retornarán surcando la espaciosa
 »llanura de la mar, y por trofeo
 »á Príamo dejando y á los suyos
 »la argiva Elena por la cual en Troya,
 »léjos de su país, tantos Aquivos
 »la muerte hallaron ya? Baja, Minerva,
 »al anchuroso campo de los Griegos,
 »y hablando á todos con palabras dulces,
 »procura detenerlos; ni permitas
 »que á la mar saquen sus veleras naos.»

Obedeció Minerva: y de las cumbres
 del Olimpo bajando presurosa,
 á las naves llegó, y encontró á Ulises,
 á Jove en la prudencia comparable,
 parado y sin tocar á sus bajeles,
 porque oprimido el corazón tenía
 de tristeza y dolor, y así le dijo:

«¡Oh prole de Laertes, sabio Ulises!
 »¿Y así, en las hondas naves embarcados,
 »fugitivos ireis á vuestra patria
 »y á vuestra casa todos, por trofeo
 »á Príamo dejando y á los suyos
 »la argiva Elena, por la cual en Troya,
 »léjos de su país, tantos Aquivos
 »la muerte hallaron ya? No te detengas;
 »recorre el vasto campo de los Griegos,
 »y con tus blandas elocuentes voces
 »detenerlos procura; ni permitas
 »que á la mar saquen sus veleras naos.»

Así dijo, y Ulises, de la Diosa
 conociendo la voz, el ancho manto
 en el suelo arrojó, que el itacense
 Euríates, heraldo que seguía
 sus pasos, levantó; y hácia la playa

se encaminó veloz. Y habiendo hallado
 al Rey Agamenon, su regio cetro
 éste le dió, y con él de los Aquivos
 las tiendas y las naves recorría.
 Y si algun Rey, ó capitán ilustre,
 encontraba, parándose á su lado,
 en cariñosas voces le decía:

«A tí no es dado, capitán valiente,
 »cual cobarde temer. Tú no te embarques,
 »y haz que sigan tu ejemplo las escuadras
 »sumisas á tu voz; pues con certeza
 »no conoces aún cuál es la mente
 »del Rey Agamenon. Acaso ahora
 »sólo quiere explorar las intenciones
 »de los Aquivos, y después su enojo
 »él sentir les hará: que en el Consejo
 »no oímos todos bien lo que decía.
 »Guarte no sea que después, airado,
 »haga en las tropas ejemplar castigo;
 »porque del Rey la cólera es terrible.
 »Su gloria y su poder vienen de Jove,
 »y Jove mucho le protege y ama.»

Si plebeyo varón hallaba acaso
 que en descompuesta voz alborotase,
 con el cetro á marchar hácia su tienda
 le aguijaba, y así le reprendía:

«Infeliz! no te muevas, y en silencio
 »la voz escucha de otros más valientes
 »que tú; pues ni guerrero, ni facundo,
 »por nada eres contado en la pelea
 »ni en las juntas: que todos los Aquivos
 »aquí no tenemos de mandar. No es bueno
 »el gobierno de muchos: uno solo
 »el caudillo supremo y soberano
 »de todos sea; aquel á quien el hijo
 »del anciano Saturno ha dado cetro
 »y régia autoridad para que mande.»

De esta manera Ulises, cual si fuese
 el supremo adalid de los Aquivos,
 el anchuroso campo recorría.
 Y otra vez de las tiendas y las naves
 á la junta vinieron las escuadras
 con inmenso clamor, como las olas
 del estruendoso mar, al estrellarse
 contra las rocas de la vasta orilla,
 braman furiosas y resuena el ponto.

Ya los demás estaban en silencio
 y ocupaban sus sillas, y ostinado
 gritaba aún el lenguaraz Tersites,
 que gran caudal tenía de injuriosas

y groseras palabras con que necio insultar á los Reyes insolente por sólo hacer reir á los Aquivos; y era el hombre más feo y más deforme de cuantos Griegos á Ilión vinieran. Vizco, y cojo de un pié; corvados lomos tenía y hácia el pecho recogidos, en punta la cabeza, y como vello por la desnuda frente mal sembrada escasa cabellera. Odiado mucho era del fuerte Aquiles y de Ulises, porque siempre á los dos palabras duras en las juntas decia; pero ahora á Agamenon, en infamantes voces, con agudos chillidos insultaba. Y aunque su avilantez los Griegos todos en secreto culpaban indignados, al poderoso Rey así decia:

«Oh hijo de Atreo! dí, ¿por qué te quejas? ¿de qué careces? De precioso bronce llenas están tus naves, y pobladas tus tiendas de mujeres escogidas, que á tí el primero damos los Aquivos cuando alguna ciudad hemos tomado. ¿Ó ya el oro codicias que te traiga un opulento habitador de Troya en rescate del hijo á quien yo acaso, ú otro de los Aquivos, prisionero hiciera en la batalla? ¿Ó una jóven con quien unírte en amoroso lazo contra su voluntad? Intolerable es, Atrida, que tú, siendo su jefe, hayas precipitado á los Aquivos en tales desventuras. Y vosotros! cobardes, sin honor, que apellidaros aqueos y no aqueos debierais!... Volvamos en las naves á la patria, y quede solo aquí, bajo los muros de Troya, Agamenon. Aquí devore sus rapiñas, y vea si nosotros útiles auxiliares hemos sido: ya que ahora áun á Aquiles, un guerrero muy más valiente que él, así ha ultrajado quitándole á la fuerza su cautiva. Mas Aquiles ni cólera en el pecho tiene, ni cuida de tomar venganza del agravio. Si no, la vez postrera esta sería que insultado hubieses, oh hijo de Atreo!» Con injurias tales á Agamenon, caudillo de las tropas,

zahería Tersites; pero pronto airado Ulises se acercó, y ceñudo mirándole, con ásperas razones así le reprendió su demasia:

«Tersites, importuno vocinglero! por más que seas orador facundo, sella el labio, y no quieras con los Reyes tú solo contender, siendo de todos cuantos mortales á Ilión vinimos con los hijos de Atreo el más cobarde. No vuelvas nunca á pronunciar osado el nombre de los Reyes, ni baldones les digas, ni hables más de retirada; pues áun no conocemos claramente cómo las cosas dispondrán los hados, ni si los fuertes hijos de la Grecia en triunfo volverán á sus hogares ó en vergonzosa fuga. Sí, maligno: esta penosa incertidumbre es causa de que al Atrida Agamenon te atrevas, siendo de todos adalid supremo, á echar en cara que riqueza mucha le han dado generosos los Aquivos, mientras que tú con injuriosas voces en públicas arengas le zahieres. Pero te anuncio, y lo verás cumplido, que si otra vez te encuentro como ahora á tan loca osadía abandonado, ni su cabeza más sobre los hombros conserve Ulises, ni llamado sea de Telémaco padre, si la fuerte diestra no pongo en tí, y de los vestidos no te despojo todos y á las naves no te obligo á volver triste llorando, despues de haberte en afrentosos golpes ennegrecido el cuerpo.» Así le dijo, y el poderoso cetro levantando, en la gibosa espalda y en los hombros hirióle. Él se encogió, y por sus mejillas muchas y amargas lágrimas corrieron, y lívidas señales, que los golpes le hicieran, sus espaldas afearon. Pero al fin se sentó, sobrecogido de temor, y con rostro macilento mirando á todos, enjugó su llanto. Los demás Griegos, aunque muy sentidos, no pudieron tener la dulce risa, y hubo alguno que dijo al más cercano: «Eternos Dioses! Infinitos bienes al ejército Ulises hecho habia,

ya dándonos consejos saludables, ya ordenando las haces con destreza; pero el mayor de todos hizo ahora con imponer silencio al insolente y gárrulo Tersites. Este necio ya no se atreverá, descomedido, á injuriar con denuestos á los Reyes.» Así en la multitud se discurría.

Alzóse en tanto el valeroso Ulises con el cetro en la diestra; y á su lado, á un heraldo en el rostro asemejada, se colocó Minerva, y á las tropas mandó callar para que oyese todos, del último al primero, sus palabras, y comprender pudieran sus razones; y él así dijo, cual varon prudente:

«Excelso Agamenon! Este es el día en que á la faz de los mortales todos, con eterno baldon amancillarte quieren los Griegos, y cumplir rehusan la solemne promesa que te hacian cuando desde las fértiles comarcas de Argos aquí vinieron. Animosos te juraban entónces que á la Grecia no volverias hasta haber rendido la fuerza de Ilión; y como flacos tiernos infantes, ó dolientes viudas, ya en tímido lamento se querellan unos con otros, y á su patria vuelven todos la vista. Doloroso es mucho que triste el corazón á nuestros lares hayamos de tornar; pero si vemos que el navegante, si alejado vive un solo mes de la consorte amada, en su nave se aburre y se impacienta porque los huracanes del invierno y el mar alborotado le detienen, no debemos culpar á los Aquivos, si, ya cansados de tan larga ausencia, por la vuelta suspiran; pues con este nueve los años son desde que á Troya el ejército vino. Y vergonzoso es tambien que despues de tantos años, sin tomar la ciudad nos retiremos. Tolerad, pues, amigos, y más dias permaneced aquí, porque veamos si son ciertas, ó no, las predicciones del adivino Cálcas. En memoria áun tenemos (y todos sois testigos, sino los que la Parca se ha llevado)

que un día cuando en Aúlida las naves se reunian de la Grecia toda para traer á Priamo y los suyos muerte y asolacion, y de una fuente cerca nosotros, en diversas aras, humildes á los Dioses inmortales solemnes hecatombes ofrecimos bajo un hermoso plátano que el agua regaba de la fuente cristalina; sabéis, digo, que allí raro portento se ofreció á nuestra vista. Un espantoso dragon, cuyas espaldas matizaban hórridas manchas de color de sangre, lanzado fué á la luz por el Saturnio; y por bajo de una ara impetuoso salido habiendo, por el tronco arriba del plátano trepó. Y en lo más alto, hallando de una rama entre las hojas, ocultos y temblando, con la madre ocho recién nacidos pajarillos, allí mismo el dragon desapiadado los ocho devoró. Chillaban ellos; y la doliente madre los plañia, en torno revolando; mas la sierpe la cogió entre sus roscas por el ala, y en medio sus quejidos lastimeros, la devoró tambien. Y apenas hubo devorado los hijos y la madre, el mismo Dios que aparecer le hiciera mostró en él un prodigio; pues en dura piedra le trasformó el Saturnio Jove. Inmóviles admirábamos nosotros caso tan peregrino; pero Cálcas, viendo de qué manera prodigiosa interrumpidas por el mónstruo horrible fueran las hecatombes de los Dioses, reveló del destino los arcanos. «¿Por qué (decia) enmudeceis, oh Griegos? Este prodigio del potente Jove la voluntad nos muestra, que cumplida, aunque tarde, será; pero la fama del triunfo que los hados nos reservan no acabará jamás. Como la sierpe se ha tragado los ocho pajarillos, y la madre tambien; así nosotros nueve cumplidos años á la vista de Troya pasaremos peleando, y al décimo, por fin, la tomaremos.» Así Cálcas hablaba, y ya se acerca el tiempo de cumplirse el vaticinio.